

“El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir fué fusilado por los imperialistas. Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

“El General Díaz, al llegar á Yanhuitlán, se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevando el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza. En esos momentos recibió también el General en jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

“Porfirio denegó el indulto y Franco fué pasado por las armas.”

CAPITULO XXXIII.

Reconstrucción y Tentaciones.

En su regreso á Oaxaca el General Díaz se puso á reunir fuerzas y material de guerra suficientes para la campaña que se proponía emprender contra la ciudad de Puebla. Para esto era necesario encontrar dinero para pagar sus soldados y sus oficiales. No escaseaban los voluntarios, por lo que escribió á Matías Romero, representante del gobierno de Juárez en Washington, que podía fácilmente poner en campaña quince mil hombres, siendo el único problema por resolver la alimentación, el vestuario y el pago de este ejército. Al mismo tiempo manifestaba su poca voluntad de imponer contribuciones á la gente del sur de México, pues estaba muy pobre, debido á las condiciones caóticas que habían prevalecido durante tanto tiempo en la República. Romero logró conseguir armas con el producto de la venta de bonos nacionales que emitió; pero no le fué posible obtener dinero para pagar los gastos del ejército de la República. Sin embargo, Díaz, con su energía usual y su habilidad para hacerse de recursos, pudo asegurarse suficientes fondos para proseguir la campaña.

El jefe liberal mandó sus agentes á Tehuantepec y al sur, á Puebla y á Veracruz, á Tlaxcala y á México, á levantar el espíritu del pueblo; y en esos lugares, famosos jefes pertenecientes al partido liberal emprendieron separadamente campañas contra los imperialistas; campañas todas que tuvieron completo éxito.

Entretanto, el cargamento de armas conseguido por Matías Romero en los Estados Unidos llegó á Minatitlán, la misma pequeña población que había presenciado una de las hazañas más características de los primeros años de la vida militar de Porfirio, y donde salvó al gobierno de Juárez un cargamento

semejante. Estas armas fueron recibidas sin contratiempo y transportadas al cuartel general de los liberales.

Algunas armas más fueron colectadas, por donde quiera que se pudieron obtener, ya entre los indios que las habían recibido tiempo atrás de los imperialistas, ya de los particulares y por último, de los armamentos de las poblaciones, villas y aldeas. Se fundieron cañones en Oaxaca, y se continuó con la mayor constancia reclutando y disciplinando tropas, no solamente en el Estado de Oaxaca, sino en todas las otras entidades políticas donde habían logrado asentar el pie los liberales. Por todos lados se hacían febrilmente y con el mayor vigor preparativos para la lucha que se acercaba.

El futuro comenzaba á verse muy negro para Maximiliano y el imperio. La intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México había obligado á Napoleón á retirar su ejército, y centenares de soldados franceses abandonaron la República. Sin embargo, en su mayor parte, los belgas y los austriacos se quedaron al servicio del imperio, el cual se había quedado grandemente debilitado con la retirada de los franceses y las deserciones al por mayor de los mexicanos que habían servido en el ejército imperial. El sentimiento del pueblo mexicano, que por su apatía había favorecido aparentemente al imperio tres años antes, experimentó una reacción, y los hombres se levantaban por donde quiera en defensa de la causa nacional. Pero era toda una multitud de gente pobre, sin armas é indisciplinada, que tendría que ser arreglada en otra forma antes de que se pudiera intentar el avance, aún contra los restos de las tropas disciplinadas que estaban al servicio del imperio.

Noche y día, casi sin descansar, el comandante en jefe liberal trabajaba asiduamente para convertir en orden la confusión que existía en las filas de las fuerzas que tenía á su mando. Por donde quiera sus generales, de acuerdo con sus instrucciones, reclutaban y disciplinaban soldados, colectaban armas, y hacían

todas las provisiones que les era posible para la próxima lucha, que decidiría si México sería gobernado por un potentado extranjero, ó si se le dejaría en libertad para labrarse por sí mismo su destino político.

Maximiliano parece haber estado incierto, cuando se determinó la retirada de los franceses, acerca de lo que debería hacer en tales circunstancias. Parece no haber duda alguna de que pensó arrojarse en brazos de los liberales, y gobernar por su medio, como soberano constitucional de México. Pero éste era sueño que nunca llegaría á realizarse; porque en la mente de los liberales estaba él inseparablemente asociado con la usurpación de los derechos políticos de México como nacionalidad independiente, y con las exacciones y opresión de que había sido víctima su partido. Era mirado como el enemigo inveterado de Juárez y de todo lo que éste representaba. Pero Maximiliano, á quien constantemente le aseguraban los imperialistas que su presencia en México era indispensable para la existencia en el país de un gobierno estable, y que había sido inducido á creer que un imperio era la única solución para evitar la anarquía política que prevalecía en el país, sin duda tenía esperanzas de que el partido liberal pudiera aceptar algún convenio; en cuyo caso, él hubiera visto con buenos ojos el plan de continuar en México como jefe de un gobierno constitucional apoyado por el partido liberal. Pero la atmósfera que lo había rodeado desde que llegó á México, lo había incapacitado para hacerse cargo de la verdadera situación y para apreciar propiamente cuáles eran los sentimientos y prejuicios del partido liberal.

La siguiente exposición del mismo General Díaz parece probar que Maximiliano, en una ocasión, pensó quedarse en México uniendo su suerte con la de los liberales:

“Condujo un día, la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi cuartel general, á una persona llamada Car-



LA CIUDAD DE PUEBLA.

los Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que, al efecto, trajo, para recabar mi promesa de no batir al Archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos, y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara*, que los esperaba fondeada en aquel puerto.

“M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me darían el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Señor Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias lo obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

“Detuve á Bournof toda la noche, para mandarle al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerle prisionero y someterle á la justicia de la nación.

“En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acom-

pañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerzas, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos.”

El General Díaz había sido tentado por Bazaine:

“El Mariscal Bazaine me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijó al Coronel Don José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés Don Carlos Thiele, que con ese objeto avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el Coronel Pérez Milicua.

“Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al Mariscal Bazaine, cerca de 1,000 extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

“Cuando mandé á México á Don Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el Mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es, á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos. También comprendía la propuesta, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa ofreta y por los destrozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprarlos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo que comprarlos, aún á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos

que aquél dejara en el país bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía de sigilo.

“Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al Presidente Juárez, á su arribo á la capital en 1867 veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

“El Mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que si mientras él estaba allí, atacaba yo á la ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados para distinguirlos de los de Maximiliano; porque en ese caso se proponía regresar á la capital con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por esto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al gobierno del Señor Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron estas: “Diga Vd. al General Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.”

“No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje, y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación.”

FIN DEL PRIMER TOMO.



F1233

.5

D4

C5

v. 1

AUTOR

CORNYN, John Hubert

TITULO

Díaz y México

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

Laura

102000 2983

105190

